EL CURSO DE LAS COSAS

(CUENTO)

HAN transcurrido ya casi tres años desde que murió la madre. Y un día—uno de esos tan maravillosos de mayo—el hijo aparece con su traje nuevo. Es gris, muy claro, ligero; gris perla la camisa, y los zapatos negros y blancos. Sólo su corbata es la misma de ayer.

El padre todavía llevará luto riguroso durante algún tiempo más. Se siente viejo, y se entristece—a pesar de que lo mira sonriendo—cuando ve a su hijo vestido así. Sin saber por qué.

Horas después, esa misma tarde, el padre levanta los ojos del libro en que lee y los vuelve hacia la ventana. Le sorprende un poco el despertar de todos esos olvidados recuerdos que desde hace rato le rumorean en la conciencia.

Como un aroma que entornase puertas de regreso en torno suyo.

Muchos rostros. Los ve uno tras otro. Rostros de gentes que murieron hace ya nadie sabe cuántos años; semejantes a monedas de las que el tiempo hubiera borrado los perfiles.

Y, en medio de todo, esa idea. Minúscula, constante, zumbadora; como un moscón de mal agüero. Inquietadora de todos sus otros pensamientos; que es ella, acaso, la que les hace removerse en el fondo de la memoria. Es estúpida, pero no puede desecharla; ni sabe cómo se produjo. Y ahí está, en su cabeza. Rumorosa y deslizante a veces, casi un espectro de meditación; apremiante y airada otras.

Hace un esfuerzo, y de nuevo baja la mirada en busca de las páginas del libro.

Está solo en casa; su hijo no volverá hasta la noche, y las criadas no

lo harán hasta poco antes de la hora de la cena. Es domingo, y el sol —resignado y frío, lunar casi—va a ocultarse tras de las casas más altas. Dentro de la habitación todo parece moverse muy despacio, como si cada cosa se estirara subrepticiamente para alcanzar ese último rayo de luz que resbala por el techo. Unas nucas de sombra se proyectan hacia el fondo del cuarto.

Antes, hasta hace unos años, la blanca y espumosa transparencia de aquellos visillos que la madre colgara del dintel de la ventana, cernía la luz estampando un encaje negro y oro sobre las baldosas. Ahora, los cristales están desnudos; todavía con la huella de ese llanto ingente con que el cielo les lamió el polvo ayer.

El padre, de pronto, se levanta. Le da miedo el silencio, y le irrita ese inquieto saltar de un palo a otro del pájaro en la jaula. El libro se le desliza a lo largo de las piernas y cae al suelo. Y allí se queda, imitando el gesto de un extraño ser caído de espalda, con los brazos en cruz.

Al cabo de unos minutos, el padre casi se sorprende de encontrarse abriendo la puerta del cuarto de su hijo. Pero ya está hecho. Va al armario, lo abre y mira dentro.

Y allí está. Al verlo es cuando comprende qué era lo que temía hallar. El traje negro de su hijo pende de una percha, metido en un saco de papel. Debajo de la etiqueta, la mano torpe de la doncella ha escrito: traje de luto. *Los zapatos negros, guardados en una caja de cartón, han sido retacados con trozos de periódico para que no se deformen. Y las camisas blancas, con sus cuellos ya un poco deshilachados, aguardan junto a las otras de color.*

Eso es, aguardan.

Todo parece aguardar, esperar algo. Ostentosamente seguras, cada una de aquellas cosas, de que en un día no muy lejano serán requeridas de nuevo.

Y el padre, tras de ajustar las hojas del armario, vuelve a remontar el pasillo con sus menudos pasos.

Esta noche, al saludo del hijo, sólo contestará:

—Estoy bien, muy bien, desde luego—casi rencorosamente.

Pero no podrá dormir, y el alba le encontrará con todos sus sentidos volcados sobre el corazón. Ese corazón que, de pronto, parece ir a fallar.

CARLOS CLARIMÓN